



XV

La crítica en la historia religiosa.—Ernesto Renan.—¿Es un literato?—Vocación.—Primeros años.—La duda.—Influencia alemana.—Episodio.—Salida de San Sulpicio. Persistencia del carácter eclesiástico.—Viaje á Siria.—Muerte de la hermana.—«La Vida de Jesús».—Ideas antidemocráticas.—El «superhombre».—«El Omnicar».—Epicureísmo.—De Voltaire á Renan.—El principio femenino.—Disolución de la mentalidad.

Algo queda dicho en *La Transición* de la primera época de Ernesto Renan; pero su labor más copiosa y su mayor influjo son del período comprendido en los treinta años que van de 1860 á 1890: la etapa naturalista. Conviene, pues, mirar á Renan más despacio, tratando de reducir á las proporciones de estos estudios la complejidad de la figura y la abundancia y variedad de la obra.

No un libro, sino varios, pediría la tarea de explicar bien á Renan, y, sobre todo, su acción sobre el pensamiento y el sentimiento de sus contemporáneos: lo que se llama el *renanismo*. La lista de los renanistas ilustres en las letras

sería nutrida y lucida. Hemos hablado de dos, que son Julio Lemaitre y Anatolio France: por lo menos, hay que agregar á Pablo Bourget y á Eduardo Rod.

Como quiera que muchos de los escritos de Renan, por su asunto, no pueden referirse á la literatura, nadie extrañará que no detallemos esa tarea científica especial, acerca de cuyo valor positivo corren diversos pareceres. Si Renan se hubiese limitado á exponer con riguroso método puntos de exégesis ó de filología, ó á comentar á Hegel y Schelling, poco ruido hubiese hecho en el mundo. Su fama, su puesto excepcional, lo debió á la aleación de literatura, de retórica y de poesía que existe hasta en sus producciones más ajenas á las letras propiamente dichas; al velo bordado que tendió gentilmente sobre la aridez de la erudición de cátedra y biblioteca. No importa que rehusase siempre el dictado de escritor, que jurase no haber en el mundo hombre menos literato que él. Muy otro hubiese sido, si le quitan el elemento literario, el estilo y el arte.

La aseveración de Faguet, que á Renan no le gustaba la literatura, ni quita ni pone. Que fuese hombre de escasa cultura literaria; que censurase á Bossuet sin haberlo leído, es cosa sabida; y, no obstante, escribió con hechizo dramas y narraciones, diálogos, cuentos y memorias autobiográficas. Consta además que fué aficionadísimo á leer novelas, que se embelesaba en tal lectura, y que costaba trabajo quitárselas de las manos para que continuase la

redacción, verbigracia, de *Averroes y el Averroísmo*. Lo que nos refiere, en sus *Recuerdos de la Infancia*, acerca de los cuentos é historias que narraba su madre (y el libro todo), confirman este aspecto romancesco de la mentalidad de Renan. La biografía externa de Renan sería breve; la interna está saturada de elementos dramáticos, y también cómicos. Más vale referirlas sin aislarlas, porque están íntimamente unidas, y en sus obras puede estudiarse sucesivamente la evolución de su inteligencia, de su moralidad y de su existencia entera.

Ernesto Renan nació en Bretaña, en Tréguier, ciudad que se formó en torno de un antiguo Monasterio, fundado por San Tual; ambiente puro, monástico, y un tanto supersticioso. Declárase, pues, un celta, cruzado de gascón y mezclado de lapón: lo de *lapón* responde á que cree Renan que de tribus laponas proceden los celtas. No es decible cuánto partido han sacado sus apasionados, sus adversarios, y él mismo, en contra y en pro, de estos orígenes célticos y de este lado meridional. Renan entiende que el espíritu religioso se lo legaron los celtas, y la incredulidad los gascones.

Habiendo venido al mundo el año 1823, contaba quince cuando después de haber empezado á estudiar para cura en el colegio eclesiástico de Tréguier, pasó á París, al Seminario de San Nicolás de Chardonnet, bajo la dirección del que fué luego Monseñor Dupanloup, á

quien retrata así: «Más tacto mundano que teología...»

Hallóse Renan en aquel establecimiento como transportado á otro mundo. Los viejos santos célticos, furiosos en la devoción, austeros y rudos como las costas y las selvas, los San Tual y los San Ronan—cuyo nombre se preciaba de llevar el joven seminarista—, no se parecían á los que recibían culto en el rico y elegante establecimiento de enseñanza, donde no sólo se educaban los futuros levitas, sino los muchachos de las principales familias; donde se hacían estudios distinguidos y muy literarios. Allí había penetrado el romanticismo; allí no se hablaba más que de Lamartine y de Victor Hugo... hasta en las lecturas espirituales. También en la clase de historia se leían los primeros tomos de la de Michelet. «El mundo se abrió para mí...», escribe Renan.

El ambiente mundano del Seminario había transformado al provincianillo nutrido de leyendas; ahora le esperaba otra evolución, en San Sulpicio. Si en San Nicolás todo se volvía literatura y buenos modales, en San Sulpicio todo es teología. Dupanloup profesaba que para salvarse hay que conocer las letras. El futuro presbítero iba á recibir más severa y sólida enseñanza.

Y fué durante la iniciación escolástica cuando empezó á vacilar Renan en la fe. Uno de sus profesores rastreó su estado moral y se lo dijo crudamente: «¡No eres cristiano!» «Jamás—añade—he sentido horror como el que experimen-

té al oír la frase, pronunciada con vibrante voz: Al salir de la habitación, me tambaleaba».

Ocurrió esta escena, no precisamente en San Sulpicio, pero en la sucursal de Yssy, que de San Sulpicio dependía, y donde los futuros sacerdotes realizaban los estudios filosóficos y teológicos. Al ingresar en el propio San Sulpicio, para cursar la apologética y las Escrituras, por un lado se encontró Renan en su centro; eran sus aficiones, en las que había de continuar empapándose toda la vida; por otra parte, la crisis de su espíritu avanzó, por el estudio racionalista que hizo de los Libros Sagrados. A este racionalismo le había preparado la escolástica de Yssy. Su confesión es, en tal respecto, digna de recordarse. «Abandonar un solo dogma, rechazar una sola enseñanza de la Iglesia, es negar la Iglesia y la revelación».

Con todo ello, Renan no creía aún en su propia incredulidad (ni sus directores de conciencia tampoco). Atribuía aquella formidable «encefalitis» (así la llama él) á insidias y tentaciones diabólicas, y escribía á un amigo suyo del Seminario de Saint-Brieuc, que después de no pocas turbaciones se había decidido, por último, á ordenarse:

«Ya te he dicho cómo una fuerza independiente de mí quebrantaba en mi alma las creencias que han sido hasta aquí el fundamento de mi vida. La del cristiano es un combate, y acaso estas tentaciones le son convenientes...» Un año después escribía al mismo amigo:

«Estoy decidido á no aceptar el subdiacona-

do en las próximas Ordenes. Guarda silencio. Ya comprendes que hay que tener cuidado por mi madre. Antes morir que causarla un minuto de pena.»

Era la madre de Renan creyente, sencilla y fervorosa; no así su hermana Enriqueta, á cuyo ascendiente atribuyen muchos el giro que tomó Renan. Enriqueta Renan fué una institutriz librepensadora, exaltada en sus ideas. De ella dijo su hermano que le había guiado «como la columna de fuego en el desierto á los israelitas».

Pero la gran influencia intelectual sobre Renan, en época tan decisiva y grave, cuando empiezan á disolverse sus creencias, es la filosofía alemana. Pablo Bourget, en su estudio sobre Renan, ha entonado un himno á la grandeza intelectual de Alemania, antes de la hegemonía de Prusia. Al llegar Renan á París «hervían los sistemas procedentes del kantismo, todos gigantescos, y se erigían en el horizonte selvas de ideas, más fatídicas y espesas que las del Harz ó la Turingia». No eran los sistemas tan sólo: eran los grandes trabajos de exégesis, el foco ardiente de las Universidades, el desarrollo de la labor científica, lo que hace exclamar dolorosamente á Bourget: «Si hay una verdad digna de meditarse, es que á nuestros desastres de 1870 ha preludiado la inferioridad de nuestro esfuerzo intelectual». Un espíritu ávido y sediento de especulación, como el de Renan, tuvo que embriagarse con el licor germánico. Declara Renan que por culpa de Herder «fué dos meses protestante».

Y toda la vida el deslumbramiento del idealismo alemán, la veneración por la raza germánica, gravitan sobre su mente. Dió lugar este entusiasmo á uno de los episodios cómicos á que antes aludí. Es el caso que durante el sitio de París los sentimientos de Renan (si ha de creerse lo que en su *Diario* refiere Edmundo de Goncourt) no fueron precisamente patrióticos. Encogiéndose de hombros al ver que aclamaban á un regimiento; entonando, recientes los primeros y terribles desastres, un himno á la superioridad de la raza alemana (superior, decía, por el protestantismo, pues el catolicismo *cretiniza*); declarando que prefiere los paisanos alemanes tratados á puntapiés por los señores, á los paisanos franceses que gozan del sufragio universal; arreglándolo todo con citas de la Escritura, y gritando que la patria de los «idealistas» es aquella donde se les permite pensar, Renan escandalizaba un poco á sus compañeros de los banquetes de Brébant (que no se habían interrumpido, y reunían á los grandes escritores que permanecieron dentro de los muros). Goncourt recogió tales confesiones y las comentó así:

«Es á la vez asombroso y triste el despotismo que ejerce sobre el pensamiento de Renan cuanto se dice, escribe é imprime en Alemania. Hoy he oído á este justo hacer suya la criminal fórmula de Bismarck—la fuerza aventaja al derecho—, y proclamar que las naciones y los individuos que no pueden defender sus propiedades, no son dignos de conservarlas. Si

me sublevo, responde que nunca fueron las cosas de otro modo y que, es preciso confesarlo, sólo el cristianismo ha traído la atenuación de esta doctrina, con su protección al débil, al pobre de espíritu.»

Estuvo el paso de sainete en que, cuando Goncourt dió estas manifestaciones á la imprenta, entre otras charlas de mesa y sobremesa de Brébant, Renan cogió el cielo con las manos, y declaró, en varias publicaciones, que Goncourt había perdido el sentido moral, que carecía de inteligencia, y que todo era falso. A lo cual respondió Goncourt, que sus afirmaciones sudaban autenticidad, y que él sería un estúpido, pero Renan estaba embriagado de burdo incienso, era el sistematizador del pro y del contra, y había adaptado á la Historia sagrada la flúida prosa de las novelas de Jorge Sand.

Y, ahondando más en el asunto, salió á relucir que la razón de la cólera de Renan pudiera ser que, aspirando á la cátedra de Sainte Beuve, sus paradojas de antaño estorbaban á sus nuevas aspiraciones.

Volviendo al joven seminarista, conviene saber que, en Octubre de 1845, bajó, para no volver á subirla con sotana, la escalera de San Sulpicio... Fué penosísimo el desgarramiento: privado del catolicismo, todo le parecía árido. El mundo se le antojaba un páramo seco y glacial. El rompimiento de Renan con la Iglesia tiene los caracteres de una de esas rupturas amorosas en que no hay modo de consolarse. Él lo expresó, con la gentil fábula de Euridice y Orfeo.

Como era necesario tomar un camino, se preparó á la cátedra, y se consagró más especialmente á los estudios de filología. Su tesis doctoral fué *Averroes y el averroísmo*, estudio muy completo de las doctrinas del filósofo cordobés. Hacia 1856, se casó con la hija del pintor Enrique Scheffer (hermano del famoso Ary), de la cual tuvo un hijo, que llegó también á descollar en la pintura y trató asuntos bíblicos, y empezó para él un gran período de actividad, con la publicación de numerosas obras de filosofía y exégesis, entre ellas, la traducción y comentario del *Libro de Job*.

Al estampar que Renan se casó, parece que sobrecoige una disonancia ó desafinación en su destino. Brunetière, que no fué blando con Renan, que hasta no le dejó hueso sano con motivo de la erección de su estatua, rechaza, sin embargo, el dictado de apóstata que al autor de *La vida de Jesús* ha solido lanzarse, porque, no habiendo llegado á recibir las Ordenes que confieren el sacerdocio, no cometió apostasía. Pero, aun cuando es así, y no se le puede equiparar á Lamennais, otro celta cuya historia ofrece con la de Renan muchas semejanzas sin duda (diferenciándose en que Renan no dijo misa, no intervino en las luchas políticas con ardores de tribuno, no fué demócrata, ni cosa que se le parezca), estoy por creer que, en bastantes respectos, y á pesar de su exégesis impía, Renan era más cura que el autor de *Las palabras de un creyente*.

Es él mismo quien reconoce esta verdad en

el mejor de sus libros, para mi gusto al menos, los *Recuerdos de infancia y juventud*, donde cuenta la historia de su alma, y, de un modo extraordinariamente atractivo, su educación, tan profundamente religiosa desde la primera edad. Reconoce en sí mismo el sentimiento religioso, fuerte é independiente, que atribuye á su sangre céltica; además, todo le predestina al romanticismo religioso. Procede del clan de los Renan, gentes ingenuas que nunca pensaron en negocios ni en dinero, y que, viviendo humildemente en la granja de Kerarbelec, haciendo economías de pensamientos y sensaciones durante mil trescientos años, le transmitieron todo ese capital acumulado, que él aprovechó. Toda su preparación fué prematuramente sacerdotal; toda la aspiración de sus años primeros se redujo á eso: decir misa. «Al perder la fe—suspira—, quedó la impronta. No fui sacerdote de profesión, pero lo fui de espíritu. De aquí nacen todos mis defectos, defectos de sacerdote. Mis maestros me habían inculcado el desprecio de lo laico. No fui como Lamennais, porque Lamennais cambió una fe por otra, y sólo en su vejez llegó á la crítica. En todos mis resabios actuales encuentro los resabios del seminarista de Tréguier. Yo había nacido sacerdote *a priori*, como otros nacen magistrados ó militares. Soy no más un sacerdote malogrado. Y es lo peor que á mi iglesia le faltará siempre el acólito. Mi misa no tendrá quien la ayude. No pudiendo hacer otra cosa, me contesto yo á mí mismo...»

Lo cierto es que los estudios propios de la carrera de Renan, cursados tan á conciencia y con tanto ahinco; la estancia en los colegios y Seminarios; el ambiente monacal de Tréguier, todo le había formado una segunda naturaleza, preparándole intensamente para una vida sacerdotal, pero de cura sabio, que no ha de vegetar eternamente en una parroquia. Con un poco más de perseverancia en la fe, Renan hubiera llegado á Cardenal y á Arzobispo de París.

Fuera ya de la Iglesia, y hasta contra ella, siguió dedicándose á las mismas materias, únicas que le interesaban. Siempre apareció, en el trato y en la exterioridad, un eclesiástico. Todos hablan de la «unción» de su palabra y ademanes.

Y, por último, si ha de creérsele (y los hechos no le desmienten, que yo sepa), persistió, después de salir del Seminario de San Sulpicio, en la regla de conducta anterior, y procuró guardar las virtudes del sacerdocio, no entregándose á desorden alguno, no aseglarándose más de lo indispensable, por mucho tiempo. Repetidas veces asevera en sus escritos que le parecería la cosa más vergonzosa y más inconveniente haber renunciado á su vocación por sugerencias de los sentidos ó alborotos pasionales, y repite que nadie está obligado moralmente á tanta moderación como el que abandona el sacerdocio. No es, pues, el caso de Renan como el de Lamennais, y tampoco es el del Padre Jacinto. Hasta en lo físico no llega nunca al laicismo Renan. Al magnífico retrato pin-

tado por Bonnat no le falta sino alzacuello y sotana para ser el de un eclesiástico. Sólo las manos, también eclesiásticas en su forma y blancura, delatan al erudito, por descuido en el aseo, el circulillo negro de las uñas, que el pintor realista fielmente reproduce.

Hacia 1860, Renan fué enviado á Siria por el Gobierno, á fin de estudiar los restos de la civilización fenicia. El viaje permitió á Renan visitar, en las mejores condiciones posibles, los Santos Lugares. Acompañóle su hermana Enriqueta, con la cual tan bien se entendía, y, en aquellos países donde se desarrollaron los sucesos que más han influido en la historia de la humanidad, los hermanos trabajaban reunidos en preparar *La vida de Jesús*. Ambos se sintieron, á un tiempo, acometidos de fiebre pernicioso. La obra andaba cerca de la Pasión, en el episodio de la Cena. La enfermedad la interrumpió. Renan, aplanado por la modorra y el delirio, no pudo recoger el último suspiro de su hermana.

Dejándola sepultada en Biblos, á su regreso á Francia publicó Renan otro libro, *Papel de los pueblos semíticos en la historia de la civilización*, donde, resucitando la vieja herejía arriana, negaba la divinidad de Cristo. El ruido de esta obra fué preludeo del enorme escándalo de *La vida de Jesús*, que vió la luz un año después, y que no tiene ni aun la seriedad de la de Strauss, publicada mucho antes.

En realidad, este libro, que tanto dió que decir á su hora, tan ensalzado, tan anatematiza-

do, está hábilmente hecho para el efecto de alboroto, no sólo en Francia, sino en todo el mundo (y yo no afirmo que Renan previese este resultado, aunque parece difícil que no lo sospechase). *La vida de Jesús* es una novela como *Salambó*, apoyada en investigaciones y datos suficientes para prestarle una apariencia histórica, sin verdadera base de certidumbre. Del carácter novelesco de *La vida de Jesús* no cabe dudar. La historia, desde luego, no es una ciencia exacta; pero su base científica la obliga á esa modestia y reserva en las afirmaciones, que las avalora sometiéndolas á la estrecha disciplina del documento. Nada semejante hallamos en *La vida de Jesús*. Y como novela, ¿quién negará la superioridad de *Salambó*? La impresión de lectura, en Flaubert fuerte y artística, es pálida en Renan. Flaubert era otro escritor muy diverso, en tal respecto muy superior, con color y relieve, con sugestión de realidad, y si fuese él quien aprovechase tan sublime asunto como la vida y muerte de Jesús, es de presumir que hubiese hecho más daño. Así y todo, *La vida de Jesús* llegó á alarmar hasta al Gobierno de Napoleón III, que destituyó á Renan de su cátedra de hebreo en el Colegio de Francia.

En el período que comprende la caída del Imperio, la guerra, la Commune, el establecimiento de la tercer República, continúa Renan la serie de trabajos que abarca un título general, *Orígenes del Cristianismo*, y se consagra también á la epigrafía semítica.

Otras dos etapas comprende la vida de Renan, cada una con su especial significación. En 1868, en la crisis siempre más ó menos ambiciosa de los cuarenta, pretendió intervenir en política, se presentó diputado, y aquel hombre que tal ruido hacía en el mundo, no pudo conseguir ser elegido. Las opiniones políticas de Renán, hay que decir que constituyeron inmenso desencanto para los que pensaban encontrar en él á un adalid de las ideas nuevas. Cuando diez años después de su muerte, en 1903, se le alzó en su pueblo natal una estatua, y los «Azules de Bretaña», ó sea los republicanos de aquel país, de tradiciones tan monárquicas, fueron llamados á las fiestas que con tal motivo se verificarían en Tréguier, y á las cuales había de asistir el Presidente del Consejo de Ministros, Fernando Brunetière, enderezador de todos los entuertos y desfacedor de todos los equívocos, afianzó su lanzón una vez más, y puso los puntos sobre las ies. Figuras eminentes del protestantismo y de la crítica, como Schérer, lo habían visto antes: nadie menos demócrata, ó, por mejor decir, nadie más aristócrata que Renán—hasta lo increíble y lo quimérico—. Brunetière hizo un completo análisis del caso, mostrando cómo, á medida que Renan se aleja del cristianismo, se aleja de la democracia. «Seamos buenos cristianos, y seremos excelentes demócratas» dijo antaño el que luego fué Pío VII. Renan, en 1848, ciertamente era demócrata, porque estaba impregnado de ideas religiosas, aunque se desviase de la Iglesia. Según

va perdiendo las convicciones del Seminario, cambia de parecer, menosprecia al pueblo y á los pequeños, y va admitiendo un concepto de la historia basado en la fuerza—el aforismo de Bismarck—. Schérer lo nota; en los *Diálogos filosóficos* de Renan, nada valen las individualidades inferiores; el mundo es «una serie de sacrificios humanos». Contribuye á arraigar este criterio en Renan la teoría de la diversidad de las razas: por ella, el gran apóstol de la tolerancia ha sido uno de los factores del antisemitismo. Nadie (excepto Voltaire) habló de los judíos tan injuriosamente. Dice, verbigracia, en *El Antecristo*: «Cuando todas las naciones y todos los siglos los han perseguido, por algo será». El aristocratismo de Renan no es, sin embargo, el de la sangre, sino el de la inteligencia; antes que Nietzsche, formula la teoría del Superhombre. Ni la Naturaleza ni la Historia tienen más fin que producirlo. Y este Superhombre no es ni el gran artista, ni el gran capitán, ni el gran santo. Es el gran sabio. Por eso declara que la democracia es el «error teológico» por excelencia.

En esta doctrina insistió mucho Renan, exponiéndola é inculcándola en varias obras, pero no con la sinceridad vehemente del que cree, sino con la sofistería propia de su evolución hacia el escepticismo total. Sería vano demostrarle que se contradice, y que él mismo escribió «á quien ha amado Jesús es á los pobres y á los tristes en este mundo».

No cabría conciliar los supuestos político-

filosóficos de Renan con las frases del Prefacio de una edición popular de *La vida de Jesús* «Al salir de la escuela de Cristo comprendemos que lo esencial es trabajar por la dicha, la instrucción y la virtud de los humanos.»

En nada se parece la figura de Cristo—aun para quien la despoja de su aureola divina—á la del superhombre de Renan, que, guardando con celoso esoterismo la verdad para sí sólo, escondiéndola al mundo entero, cultivando la ciencia como los herméticos egipcios, se apodera día tras día del arma terrible que puede acarrear la destrucción universal, y por medio del terror que inspira, funda su soberanía absoluta.

Ya se comprende que todo ello no va más allá de una utopía, pero curiosa utopía reveladora del oculto ensueño de quien afirma que durante mil trescientos años todo el clan de San Roman ha estado haciendo economías de pensamiento para que las beneficiase él juntas. Es— aunque parezca extraño—algo semejante á la ambición de dominio universal que alimentó Victor Hugo.

A su vez, Barbey d'Aurevilly señaló á Renan como un portento de soberbia, que anhela y profetiza el advenimiento de una oligarquía de mandarines, y hasta de un mandarín Omniarca, irresistible déspota, reuniendo en un hombre lo que la Edad Media separó; el Emperador y el Papa, los dos infalibles. «Claro—añade—que con tales ideas será execrado de

la democracia. Por más que se haga el ateo coqueteando, la democracia no se dejará engatusar.»

La última etapa de Renan, ya viejo, es literaria y mundana. Escribe dramas, asiste á los salones, come con la Princesa Matilde, da dictamen á las lectoras de *El Figaro* sobre el amor. Acude al pensamiento lo que él estampó en sus *Recuerdos*. «Si hubiese permanecido siempre en Bretaña, no me acometiera esta vanidad que el mundo alentó y amó, á saber: cierta *habilidad* en el arte de manejar las ideas y las palabras. En París, apenas mostré *mi escala de sonidos*, agradé á la gente, y, acaso para mi desgracia, me vi comprometido á continuar.»

No olvidemos que, como dos españoles acudieron del último término de Iberia para ver á Tito Livio, vino Lemaître de su provincia con la ilusión de ver á Renan, y fué á escuchar su lección en la cátedra de Lenguas semíticas. Era el tiempo de que Sarcey, sin andarse por las ramas, trataba á Renan de «bromista», ó como aquí diríamos familiarmente, de guasón. Y Lemaître se pregunta con ansiedad: «este escéptico, este mago, este hombre que se siente superior á la multitud y se coloca más alto que ella (hasta el extremo de declarar que pocos pueden darse el lujo de no creer en el Cristianismo) ¿cómo estará, triste ó alegre? ¿Y cómo sería posible que estuviese alegre, si después de leerle se queda uno tan triste?»

Y Lemaître ve á un sujeto rechoncho, grue-

so, colorado; pelo gris muy largo, nariz gorda, boca fina, metido el cuello en los hombros; contento de haber nacido, manoteando al explicar, gastando bromas; un tipo episcopal, pero de obispo de Rabelais, en caricatura. Y la alegría de Renan es cómica, y basta mirarle para reír. Y Lemaître no diré que se indigne, pero se duele; siente la decepción. ¡Este hombre ha pasado por el desgarramiento moral más profundo... y está alegre! ¡No, Renan no tiene derecho á estar alegre! Como Macbeth había matado al sueño, Renan, en cada uno de sus libros, ha matado el júbilo y la acción, la paz del alma y la seguridad de la vida moral. Por elegante que sea el nihilismo, es un abismo de desesperación y de negra melancolía.

¿Quién pensara que así se expresase un Lemaître? Sin duda hubiese preferido ver á Renan en la actitud de aquel Guido Cavalcanti, de quien dijo Boccaccio que, cuando los honrados vecinos de Florencia le veían cruzar absorto y ensimismado, suponían que iba buscando argumentos para probar que Dios no existe. Y quien creyera también que, á la vuelta de poco tiempo, lo mismo Lemaître que Renan pudiesen aparecer en un círculo del Infierno dantesco, en compañía de Farinata degli Uberti, Cavalcante Cavalcanti, Federico II, y demás famosos epicúreos, encerrados vivos en ataúdes.

«Suo cimitero da questa parte hanno con Epicuro tutti i suoi seguaci, che l'anima col corpo morta fanno.»

Ello es que Renan, teniendo enfrente á los católicos y en general á los cristianos, por sus negaciones, descontentando á los elementos avanzados, por sus ideas monárquicas é imperialistas y su horror al sufragio universal, piedra angular de la democracia; yendo contra la corriente del naturalismo, entonces poderoso; no satisfaciendo á los científicos sino en parte; en contra de tantos elementos diversos—logró, sin embargo, no sólo ese público que va tras lo ruidoso y forma las reputaciones de combate, sino otro, que en Francia consagra las altísimas posiciones de escritor.—Brunetière, el reaccionario, le llama «el primer escritor entre sus contemporáneos»; Taine dice de su estilo, que «se ignora cómo está hecho»; Bourget declara que ese estilo es «de una calidad única en la historia de la literatura francesa». Y todos reconocen que nadie influyó en la sensibilidad moderna como Renan, no pudiendo atribuirse este último fenómeno á otra cosa que á «las escalas», como él mismo dijo.

Sin duda poseyó Renan erudición más sólida que Voltaire y los enciclopedistas. Ni el estudio sobre *Averroes* ni *Los Apóstoles*, son cosa ligera, comparable al Diccionario filosófico; y, sin embargo, su erudición es á veces pura inventiva. Renan no encuentra modo de desbaratar los Evangelios con testimonios auténticos, de la misma época, y entonces los rehace á su gusto, cual pudiera Voltaire. Por ejemplo, al tratar de la Resurrección de Cristo, no se comprende cómo haya logrado averiguar

que María de Magdala sufrió una alucinación en que creyó ver y oír á Jesús, ó, al tratarse de la conversión de San Pablo, en qué texto halló que padeciese Saulo oftalmía y fiebre perniciosa cuando se puso en camino para Damasco, lo cual originó su caída y su ilusión de escuchar las palabras de dulce reproche... No difiere, pues, Renan de aquellos negadores y mofadores del XVIII, en punto á aparato científico, sino por el tono de su negación, y porque aprovecha el desarrollo de ciertas ramas de la ciencia en nuestra edad—admitiendo como ciencias á las que ni son experimentales ni exactas—. El orientalismo, la filología, la numismática, auxiliares de la historia, pueden prestar apoyo á tesis muy diversas, y no siempre contrarias al orden sobrenatural, ni á la revelación. La novedad del intento de Renan, con respecto á los impíos profesionales del siglo anterior, es de forma y de sentimiento; forma más peligrosa, pero evidentemente más estética, más delicada, más insinuante para las gentes refinadas, intelectuales, que al fin y á la postre se imponen al vulgo. El atractivo de Renan es el que bellamente expresa en el primer párrafo de sus *Recuerdos*, al referir la leyenda bretona de la ciudad de Is, «que fué tragada por las olas en ignorada época», y cuyas campanas tocan aún, y se las oye, cuando está sereno el mar. «Me parece—dice—que tengo en el fondo del corazón una ciudad de Is, de obstinadas campanas, que siguen convocando á los oficios sagrados á fieles que ya no escuchan».

Es la melancolía, la nostalgia de lo que se ha creído, lo que, en contraste con la sequedad y la mofa volteriana, formó la originalidad de Renan. Un poeta español, Núñez de Arce, invectivó á Voltaire, llamándole «formidable ariete», y habló de «teas que alumbran los misterios del camino». Para el último tercio del siglo XIX, ya no es ariete Voltaire. Al contrario: en ese terreno se le menosprecia, y no hay mentalidad un poco ilustrada en que quepa la tesis volteriana de sacerdotes coaligados, en todos los países y creencias y cultos, para embaucar á los simples, con una farsa religiosa. La tesis, y si se quiere, la táctica de Renan, es infinitamente más hábil.

Bourget ha consagrado muy exquisitas páginas á preguntarse y á explicar por qué un cultivador de las ciencias históricas, un exégeta, un teólogo, ejerce tal influjo en la psicología de su edad, más que ningún poeta, novelista ó dramaturgo; y esto, cuando las discusiones religiosas no preocupan sino á escaso público; cuando el momento es positivista y determinista; cuando el naturalismo hace explosión. Cree Bourget que el sortilegio de Renan procede de haber revestido de sentimentalismo las ideas abstractas, y de un estilo y movimiento encantador la materia de estudios hasta entonces tenidos por severos y fatigosos.

Si me decidiese á emitir mi hipótesis acerca de la peculiar seducción de Renan, diría que reside en el principio femenino. No lo olvidemos.

Renan decía de sí mismo que era mujer en las tres cuartas partes de su personalidad, y si creyese en la transmigración, anhelaría renacer hembra. No la predisposición y constante preocupación religiosa, sino el modo de sentir-la, es lo que refiero al principio femenino en Renan. Pensemos, verbigracia, en un hugonote (eran gente muy religiosa); comparemos su rudo y viril fanatismo con la suavidad, la miel y cera, la seducción de Renan y veremos que el principio femenino, que en tantos poetas y escritores está manifiesto, en ninguno domina como en el ex-seminarista de San Sulpicio. Su literatura se viste por la cabeza.

Hay algo de femenino también en la evolución de su pensamiento, desde la fe al diletantismo y al escepticismo, más bien frívolo y depravado, de sus últimos años, y que transforma su fisonomía moral, hasta el punto de provocar, como sabemos, la indignación de Lemaitre, y hacer decir á Bourget: «A la humanidad le repugna profundamente el diletantismo; por instinto, comprende que vive de afirmaciones y moriría de incertidumbres».

Esta doctrina del diletantismo, no sería peligrosa si la profesase un solo hombre, aunque ese hombre tuviese no talento, sino genio; pero (dígase en abono de Renan) éste no hizo sino encarnar lo que flotaba á su alrededor, antes y después, después, sobre todo, de las desventuras nacionales. Por eso fué posible que Renan, exaltando su individualidad, llevando al grado máximo su manera de sentir, deshojan-

do lentamente la flor de su convicción antigua, viniese á tener valor típico, á ser maestro y guía de muchos. Diletantismo, escepticismo, epicureísmo... El cementerio de los que «hacen morir al alma con el cuerpo»—como dijo el vidente florentino—, necesita ensanche.

Y fué Renan, no se niega, el hombre más individual (el más romántico, en este respecto), pero su individualidad cambia poco á poco, hasta poner en contradicción al Renan de la juventud y edad madura con el Renan de la vejez. Aun después de alejarse de la Iglesia, Renan tomaba la vida y las ideas religiosas y la filosofía muy en serio, renegaba del escepticismo, y creía en lo positivo de la moral. Al correr del tiempo, el ex-seminarista grave se convierte en modelo de humoristas y rey de sofistas: el más ilustre, ciertamente, de los Gorgias actuales, pero siempre sutil pedante heleno, disputador en las plazas de Alejandría. La decadencia toma en él conciencia de sí propia.

La llaga aparece más á la vista en Renan, por lo mismo que se había presentado en actitud de víctima y confesor de la verdad de una conciencia. Su verdad, en todo caso, sería la verdad de su maestro Hegel; la identidad de los contrarios, la afirmación de que todo es uno y lo mismo, y que siendo la verdad fruto de nuestro espíritu, es obra personal nuestra; y, por otra parte, no teniendo existencia real ni el sér ni la nada, sólo existe la idea.

Esa idea—verdad, creada por él mismo, es la que Renan enseñó, con matices diversos, al

compás de la disolución gradual de su conciencia religiosa. Así, no hubo injusticia en suponer que la historia de las variaciones de su moral es la de su lenta desmoralización. Y no falta quien lo achaque á efecto de su popularidad y fama, que le engrió y le llevó al pecado luciferino, la soberbia—digámoslo así, como lo dijera el propio Renan, que hablaba siempre como en el Seminario, y al rechazar un empleo lucrativo, exclamaba: «*Pecunia tua tibi sit in perditione*»—. ¿Qué soberbia mayor que la idea del Superhombre, árbitro del Universo?

Sin caer en desórdenes materiales, cerebralmente, Renan, en sus años postreros, no supo guardar la noble actitud antigua, y dió en creer que había perdido su mocedad, sin divertirse ni expansionarse, y en aconsejar á la juventud que no cayese en igual candidez, y que, tomando la vida como placer y deleite, acertarían. Y los placeres que aconseja á la juventud son cabalmente los que la juventud suele preferir: nada espiritual. En suma, trato alegre, cual lo entiende el vulgo. Al rebajar así el nivel de sus ideales, Renan se vulgarizó á su vez. El chiste, las «caídas» del buen humor, entraron á formar parte preferente de su retórica, y á su cátedra y á sus discursos se iba á reír, á pasar—¡oh campanas de la ciudad de Is, que el mar se tragó!—un rato regocijado. Citemos el precioso libro de los *Recuerdos*: «¡No puedo desechiar la idea de que, después de todo, el libertino es acaso quien tiene razón, quien practica la verdadera filosofía de la vida!»

En esto vino á parar el idealismo del nuevo Platón, de cuyos escritos dijo una sátira ingeniosa, que eran «bombones perfumados con esencia de infinito».

Las consecuencias son fáciles de deducir, y no me extenderé en ellas. Y si he insistido algo en el aspecto moral de Renan, es porque no hay medio de aislarlo de su personalidad de escritor insigne—y á fe, es lástima.

